



Medicina Paliativa

www.medicinapaliativa.es



EDITORIAL

La pandemia interior

Epi-: “por fuera”.

End-: “por dentro”.

Pan-: “por todo”.

Por todo. Así es como nos ha atravesado la pandemia. Por todo. Por dentro y por fuera.

Durante varias semanas nuestro trabajo cambió de raíz. Ese papel específico, tantas veces pedido y reclamado, pasó a ser un trabajo globalizado. Personas colaborando en red, solidarias, ofreciendo lo más útil que en ese momento se precisaba. Brazos.

Los compañeros volviendo de golpe a ser “médicos” sin apellidos. El dermatólogo ha filtrado ingresos, la traumatóloga ha auscultado de nuevo, la médico de familia ha sido más comunitaria que nunca, con un aprendizaje exprés en equipos de protección y medidas de aislamiento. Enfermeras, auxiliares, celadores... “Ponedme donde haga falta”. Generosidad. Cuarentenas forzadas y algunas bajas.

Y con nosotros, muchos otros han puesto sus brazos. Brazos del fabricante de pinturas dedicado ahora a producir gel para el lavado de manos. Brazos en la fábrica de automoción reconvertida para diseñar y montar ventiladores. Brazos en la empresa de moda que ahora diseña mascarillas. Todos juntos hemos arrimado el hombro por nuestra familia, por los amigos, por la vecindad y la sociedad en su conjunto. Citando a Adela Cortina¹, “la pandemia nos ha hecho conscientes de nuestra propia fragilidad, estaremos mucho mejor preparados para enfrentarla si lo hacemos desde la amistad cívica, que es preciso cultivar día a día”. Y esa amistad cívica ha asomado en muchos momentos, haciendo más llevadero el alud de necesidades de atención que desencadenó esta tragedia social y sanitaria. Los sistemas de salud tuvieron que dar respuesta a una enfermedad aguda, desconocida y contagiosa, y mucho más peligrosa que lo que habíamos escuchado y creído.

Sufrimos una sacudida brutal. Sin tratamientos, sin sistemas de protección, sin protocolos firmes... Sin tiempo para pararnos a reflexionar y analizar, se trataba de salvar vidas sin posibilidades casi de cuidar esas vidas. Cierres vitales como nunca hubiéramos deseado. Mucha tristeza.

Tras este impacto inicial, fuimos descubriendo que la *mirada paliativa* está más extendida de lo que creíamos. Que hay *mirada paliativa* que además no es estéril, no es contemplativa sino compasiva; también hay *acción paliativa*. Que el acompañamiento al final de la vida no es negociable, sino que se percibe como un derecho básico. Que ofrecer cuidados de calidad fuera de una UCI es al menos de tanta importancia como hacerlo dentro. Que escuchar deseos y preferencias, conocer el relato de una vida y de la de los que le acompañan puede orientar más que una fecha de nacimiento o un listado de diagnósticos. Que acercarse al que sufre, tocar, abrazar, no son meros aderezos bienintencionados de los que se pueda prescindir sin coste, sino que forman parte intrínseca del cuidado. Que si es necesario se puede “mirar por teléfono” y “abrazar con los ojos” desde el dintel de una puerta.

La mirada-acción paliativa se abre paso entre el miedo y la duda, portada en sus ojos y en sus brazos por decenas de profesionales, pero también entre vecinos, ciudadanos, con-vivientes...

Pero cuando pasa la tormenta sentimos que se impone de nuevo el utilitarismo frente a la persona. “Merece (o no merece) la pena”, “es que es medicina de guerra”, “sedar si la saturación es de...”, “que no ingrese nadie que venga de...” o “que tenga más de...” Y se van imponiendo. Lo útil. Lo salvable. Lo rentable.

Percibimos que *no salimos más fuertes*, sino más confusos. Que esa mirada paliativa, incluso esa acción paliativa respaldada por la comunidad pronto es acallada por los sistemas rígidos, anclados en una atención sanitaria orientada a la enfermedad y no al enfermo. Al virus y no a la persona infectada por él. Menos recursos en cuidados paliativos. Ni indicios de medidas tantas veces reclamadas (y alguna incluso prometida) que ayudarían a afianzar el cambio que la sociedad reclama. Planes pospuestos. Equipos desapareciendo. De nuevo el enfoque hospitalario, tecnológico, olvidando esa comunidad que ofrece brazos solidarios.

Nuestra responsabilidad como paliativistas nos obliga a levantar la mirada y adivinar el horizonte. Agradecidos por quienes han visto en nosotros energía y valores para posibilitar el cambio. Críticos con aquellos que pretenden a toda costa mantener unos sistemas caducos y generadores de sufrimiento para las personas más frágiles de nuestro entorno. Pero reconfortados y fortalecidos por la respuesta de tantos compañeros y de miles de ciudadanos, de vecinos compasivos. A ellos nos debemos. Y con ellos podremos lograr el cambio.

Alberto Meléndez Gracia e Iñaki Saralegui Reta

Unidad de Medicina Paliativa OSI Araba, Osakidetza, Servicio Vasco de Salud, Araba, España

BIBLIOGRAFÍA

1. Cortina A. Los desafíos del coronavirus. El País [Internet]. 2020. Disponible en: <https://elpais.com/opinion/2020-05-15/los-desafios-del-coronavirus.html>